

Exigencias ecológicas y ética cristiana

Eduardo López Azpitarte

Una doble acusación al cristianismo

A lo largo de la historia ha recaído sobre el cristianismo una doble acusación un tanto contradictoria. Por una parte, se le ha criticado con frecuencia su olvido de las realidades materiales. La dimensión escatológica se había acentuado de tal manera que sólo preocupaba el más allá, donde el creyente había puesto su destino último y definitivo. Todo lo demás quedaba relativizado, sin apenas ningún relieve, pues lo único que importaba era conseguir la propia salvación. El *contemptus mundi* (desprecio del mundo) era un tema clásico de la espiritualidad cristiana. El valor de la creación era puramente utilitario, como camino de purificación para la vida eterna, o incluso como una amenaza que podría desviarnos de semejante objetivo. La religión aparecía como un opio que impedía el compromiso y la lucha por las necesidades terrenas, ya que fomentaba, por encima de todo, la conquista de la felicidad eterna.

Pero, por otra parte, se le imputa también, en épocas más recientes, haber fomentado, con su visión religiosa, los excesos ecológicos y las violaciones de la naturaleza, que ahora todos deploramos. La desacralización del mundo, que ya aparece en las primeras páginas del Génesis, ha traído consecuencias desastrosas. La creación perdió su carácter sagrado, aunque haya nacido de las manos de Dios, para convertirse en patrimonio del ser humano que se considera su dueño y propietario. El mandato de Dios para someter y dominar la tierra abrió las puertas a todos los desmanes posteriores¹. La voluntad de poder, que se

¹ «Tras las palabras de muchos ecologistas modernos hay una condena al cristianismo, al que se atribuye en última instancia la evolución juzgada fatal de las sociedades occidentales», P. CLAVAL, *Ecología y ecologías del fin de Milenio*, Revista de Occidente, Madrid 1993, 20. La referencia a algunos autores concretos en W. PANNENBERG, *Antropología en perspectiva teológica*, Sígueme, Salamanca 1993, 95-97. Tampoco se ha escapado de esta crítica el marxismo por su explotación de la naturaleza, aunque fuese en favor de la clase proletaria. Cf. H. SKOLIMOWSKI, *¿Se*

manifiesta en el relato de la caída, provocó también un cisma profundo con la creación. Desde aquel entonces, las relaciones del inquilino con su hábitat dejaron de ser armoniosas. El ansia y el afán de dominio han hecho que el señor de la naturaleza se convierta en su déspota y tirano. La tierra quedó incondicionalmente rendida en sus manos para someterla a los intereses de su voluntad. La ciencia moderna no es sino consecuencia lógica de esta actitud arrogante, que ha puesto su ilusión en una conquista sin límites.

Aunque ambas acusaciones puedan parecer contradictorias, existe un mismo denominador común: un antropofornismo exagerado, en el que sólo la persona es objeto de preocupación. Todas las demás realidades no merecen ningún respeto especial, pues, en un caso, por su carácter caduco y pasajero, hay que desprenderse y renunciar a ellas para que no dificulten la marcha hacia lo definitivo y eterno, y en el otro, por su inferioridad y subordinación, el ser humano puede y debe utilizarlas en función de su propio provecho y bienestar. En cualquier hipótesis, la fe habría estado al servicio de la muerte por su desinterés y negativismo, en algunas épocas, frente al progreso de las ciencias, y por su desenfrenado impulso, en otros momentos, para profanar a la naturaleza más allá de sus límites, con todos los efectos lamentables que ya empezamos a sufrir.

Entre el desprecio y la violación

Tal vez no sería honesto afirmar que semejantes críticas son completamente falsas, aunque contengan una dosis de exageración, pero no hay que olvidar, como un dato que invita a la reflexión, que los delitos ecológicos han aumentado significativamente desde que la fe y los valores cristianos se eclipsaron en la sociedad. Y no creo que semejante vinculación en el tiempo no tenga también, al menos, un cierto sentido causal².

De cualquier manera, no es el momento ahora de hacer un juicio histórico para repartir culpas y responsabilidades, de las que los cristianos no estamos por completo exentos. El problema ha surgido por la dificultad que todos tenemos en mantener un equilibrio proporcionado entre el aprecio y la estima por todos los valores naturales -que para el creyente son relativos, en función de nuestro destino sobrenatural, pero no despreciables- y la búsqueda inmoderada de ellos, que nace de una actitud insaciable e incapaz de cualquier renuncia. Una civilización que no quiere poner límites a su ansia de progreso y bienestar termina por convertirse en una amenaza contra la vida misma.

halla la ecología más allá del marxismo y el cristianismo?: Folia Humanística 25 (1987) 237-259.

² «Ha sido sólo a partir del siglo XVIII, es decir, en la época en que la comprensión de sí mismo se desvinculaba del Dios Creador bíblico, cuando del encargo de representar al poder de Dios en la creación se ha hecho una reivindicación a disponer ilimitadamente de la naturaleza», W. PANNENBERG, *o.c.* (n. 1), 97.

civilización que no quiere poner límites a su ansia de progreso y bienestar termina por convertirse en una amenaza contra la vida misma.

Por eso, la preocupación ecológica que busca la reconciliación de todos los seres humanos con el mundo -hogar de la humanidad-, afecta de lleno a la conciencia cristiana. Es una invitación urgente y comprometida a trabajar por la tierra para hacerla más confortable, mejorar el nivel de existencia, con la ayuda del progreso y de las ciencias, pero sin que tales objetivos comporten una degradación, o dejemos sin espacio a todos los que, por ser personas, tienen derecho a pedir asilo en esta comunidad. Es la casa común y solariega, de la que nadie puede ser excluido, y cuyas puertas nunca se cierran a los que necesitan una fraterna acogida.

No pretendo enumerar los problemas que han despertado esta preocupación y de los que todos tenemos conocimiento por las múltiples publicaciones científicas y de divulgación que han llegado al gran público. Cualquiera que desee una información encontrará una bibliografía abundante sobre todas y cada una de las cuestiones urgentes que preocupan³. La finalidad es mucho más modesta. Se trata de ver cómo las exigencias de los grupos ecologistas coinciden plenamente con una actitud cristiana, que no siempre se mantuvo fiel a sus presupuestos.

*La dimensión ética del problema:
más allá del romanticismo y de la resignación*

Para dar una respuesta eficaz, los mismos grupos ecológicos están de acuerdo en algunos presupuestos previos, que han de superarse. No basta denunciar los atentados con una retórica dramática y apocalíptica, como si la humanidad caminara hacia un desastre inevitable, sin otra meta por delante que el suicidio final, pues no parece que, bajo el miedo de una terrible amenaza que no todos admiten como la única alternativa, la gente renuncie al confort que tanto trabajo le ha costado conseguir, cuando las consecuencias no van a recaer sobre las generaciones actuales⁴.

³ Pueden verse los últimos artículos y publicaciones en: J.P. AMOR, *Algunas referencias bibliográficas sobre ética y responsabilidad ecológica*: Miscelánea Comillas 52 (1994) 197-221.

⁴ Sería imprudente, sin embargo, reírse o despreciar semejantes presagios, porque, incluso en toda caricatura, hay rasgos que reflejan la realidad. Baste recordar, por ejemplo, el libro de D.L. MEADOWS (ed.), *Los límites del crecimiento*, Fondo de Cultura Económica, México 1972, que desató una fuerte crítica por su visión dramática del futuro. Entre sus conclusiones, afirmaba: «Si se mantienen las tendencias actuales de crecimiento de la población mundial..., este planeta alcanzará los límites de su crecimiento en el curso de los próximos cien años», p.40. Después de 20 años, ha vuelto a confirmar la veracidad de sus pronósticos en *Más allá de los límites del crecimiento*, Aguilar, Madrid 1992. Sin querer ser alarmista, porque aún estamos a tiempo, insiste

Tampoco resulta válida la defensa de un romanticismo ingenuo que pretende una vuelta hacia etapas anteriores, como si hubiera que condenar todos los adelantos técnicos de los que hoy gozamos. Parece que se busca una glorificación de la naturaleza, para mantenerla intacta de cualquier intervención, y retroceder de nuevo hacia otras culturas primitivas completamente superadas. Esta respuesta romántica, además de imposible por razones evidentes, eliminaría el progreso que ha suavizado el trabajo penoso del ser humano sobre la tierra⁵. Y nadie puede sensatamente añorar los tiempos en los que las penalidades y esfuerzos minaban también la existencia de las personas. Es lógico, por tanto, que si la ecología se vincula con un rechazo a mejorar la calidad de vida, sus protestas y denuncias resultarán poco atractivas y convincentes.

Pero, en el extremo contrario, tampoco pueden justificarse las violaciones ecológicas como si fueran el precio inevitable, para mantener el nivel de bienestar y confort que la sociedad actual ha conseguido. La única alternativa para no retroceder hacia el pasado, es pagar el coste que supone la sociedad de consumo y tecnificada. Los beneficios del mundo actual y los valores que ofrece el progreso constituyen una refutación evidente de la «vehemencia ecologista», en la que muchos han caído, como si fuera una moda que hoy se acostumbra a llevar. Una visión excesivamente conformista y tranquilizadora, como un canto a las «virtudes de la civilización», que no resiste a un análisis objetivo de la realidad⁶.

Sin caer en ninguno de estos extremismos, la solución, no es posible dejarla en manos de la técnica. La racionalidad científica encontrará salida para determinados problemas concretos, pero su dinámica impulsora termina por causar otros distintos. De ahí que los mismos científicos, a pesar del pluralismo existente en nuestra sociedad, hayan revitalizado la preocupación ética, como el único camino para escapar a la irracionalidad absurda de una ciencia que se desliga de

⁵ Sería suficiente recordar el caos económico que provocaría semejante actitud, por la renuncia a una gran parte de la industria moderna, que supondría un atentado mayor contra la misma humanidad. Cf. J. CARMODY, «Sabiduría ecológica» y *tendencia a una remitologización de la vida*: Concilium n° 236 (1991) 125-137. O caer en la cuenta de cómo ha crecido, en estos últimos años, la edad media de la población, para agradecer la amplia y generosa amnistía que se nos ha concedido, con los adelantos de nuestra civilización. Entre los datos de 185 países, que recoge el BANCO MUNDIAL, *The World Bank Atlas*, 1992, 28 de ellos superan ya los 75 años de media, mientras que otros 25 de Africa no alcanza aún la media de 50 años, la misma que hace algunos siglos habían conseguido los países ricos.

⁶ Uno de los autores que más se ha significado en esta defensa, y del que hemos tomado las frases entre comillas, ha sido J. PASSMORE, *La responsabilidad del hombre frente a la naturaleza. Ecología y tradiciones de Occidente*, Alianza, Madrid 1978.

cualquier connotación axiológica⁷. La solución radica en una cosmovisión diferente, que aporte otros valores humanistas y cristianos, para acercarse a la realidad con unos ojos más limpios y purificados.

El misterio de la naturaleza

La tarea en la que todos estamos comprometidos es la de trabajar por una *sociedad sostenible*, donde la armonía y comunión de todos los seres, dentro de una jerarquía razonable, haga más comfortable a todos la casa que habitamos. Para ello me parece necesario recordar, como condición ineludible, una triple exigencia que posibilita un nuevo tipo de relación con la naturaleza que nos rodea.

La mirada humana sobre la creación ha tenido perspectivas muy diferentes. Para las culturas primitivas, el orden cósmico estaba transido por un halo sagrado, como la única explicación posible frente al misterio que encerraba. Era la manifestación de una fuerza superior que escapa por completo a nuestra comprensión. No cabe otra alternativa que el asombro respetuoso ante la grandeza de sus leyes y mecanismos. Un sentimiento de pequeñez e impotencia que provoca una actitud de admiración por lo que escapa a nuestras posibilidades. Nadie se atrevería a manipular en sus estructuras, no solamente por la incapacidad para intervenir en lo que se ignora, sino para evitar las consecuencias de una transgresión contra el poder divino que fundamenta su existencia y armonía. La primera obligación ética era el sometimiento y docilidad, que hacen a la naturaleza intocable por su trascendencia religiosa. Como la puerta entreabierta de un recinto majestuoso, que descubre la cercanía de lo divino, pero no se puede traspasar.

Es cierto que la ignorancia fomentaba semejante actitud, para encontrar una explicación a lo incomprensible, pero, sin estos excesos, la trascendencia y normatividad de la naturaleza se ha conservado diluida en el pensamiento religioso y ético de muchos movimientos. La cultura africana y oriental son mucho más sensibles a esta dimensión, que va a desvanecerse casi por completo en el antropomorfismo racionalista de occidente⁸.

⁷ Cf. E. LÓPEZ AZPITARTE, *La libertad de investigación: problemas éticos*, en AA.VV., *Fundamentación de la bioética y manipulación genética*, Comillas, Madrid 1988, 195-215, con la bibliografía ahí citada. Con posterioridad, D. GRACIA, *Tecnología y ética en discusión: Razón y Fe* 224 (1991) 89-96. C. CAÑÓN, *La racionalidad técnico científica: alcances y límites: Razón y Fe* 224 (1991) 97-108. J.M. ESCUDÉ, *Una ética per a l'era tecnològica: Revista Catalana de Teologia* 16 (1992) 327-348.

⁸ Pueden verse: J. LOMBA FUENTES, *La relación del hombre con la naturaleza en el Islam*, en AA.VV., *Ecología y culturas*, Comillas, Madrid 1988, 157-169. J. GAFO, *Ecología y cristianismo*, en J. GAFO, (ed.), *Ética y ecología*, Comillas, Madrid 1991, 192-214. AA.VV., *Religion et*

Sin embargo, a medida que los adelantos técnicos posibilitaron el conocimiento de sus mecanismos, la naturaleza fue dejando de ser objeto de contemplación para convertirse en un campo de experiencias. Si antes causaba miedo y admiración a la conciencia humana, ahora es ella la que aparece, pequeña, frágil y temerosa, frente a la explotación insaciable de su dueño. Pasó de ser poco a poco la *artis magistra*, con su poder majestuoso e impenetrable, que regulaba cualquier actuación, a convertirse en *artis materia*, para explotar cada vez más todas sus posibilidades. Lo natural ha quedado tecnológicamente artificializado, como si fuera un milagro de la técnica: «Ya no manejamos objetos naturales: manejamos artificios que manejan artificios... que en último término manejan objetos naturales»⁹.

Entre la adoración y el anatema

No creo que esta actitud actual tenga su explicación en la fe cristiana. Los presupuestos bíblicos han sido siempre los mismos, mientras que los delitos ecológicos pertenecen a épocas más recientes¹⁰. Pero sí hay aspectos que han podido fomentar un cierto desprecio, dentro de la espiritualidad cristiana. En un contexto diferente, cuando el poder humano estaba limitado por su desconocimiento y era incapaz de imponer su dominio sobre los procesos naturales, los datos de la revelación quedaban integrados dentro de la armonía cósmica, que todavía no se llegaba a destruir con la técnica. El desarrollo de ésta, que ha posibilitado el desequilibrio actual, tiene el peligro de encontrar en la enseñanza religiosa una confirmación que no está justificada.

Los relatos de la creación quieren, por una parte, desmitificar una visión panteísta y, por otra, insistir en la superioridad del hombre y de la mujer sobre todos los demás seres. El mundo brotó de las manos amorosas de Dios, en aquella mañana gozosa de su nacimiento, como una epifanía espléndida y transparente del Creador, pero como realidad finita, contingente, quebradiza, cuyo carácter divino

écologie, Du Cerf, Paris 1993. A. MACAMBO SUNGO, *Africa en la encrucijada ecológica: Moralia* 17 (1994) 203-226. El mismo concepto de ley natural, a lo largo de su evolución histórica, mantuvo aspectos muy cercanos a esta normatividad de los procesos naturales. De ello he tratado más ampliamente en *Fundamentación de la ética cristiana*, Paulinas, Madrid 1994², 137-150.

⁹ J.R. CAPELLA, *Los ciudadanos siervos*, Trotta, Madrid 1993, 38.

¹⁰ Sobre la relación entre fe y ecología, en la que ahora no nos detendremos, puede verse: J.L. RUIZ DE LA PEÑA, *Fe en la creación y crisis ecológica: Iglesia Viva* n° 115 (1985) 29-51, y *Cristianismo y la relación del hombre con la naturaleza*, en AA.VV., *o.c.* (n. 8), 193-214. J. MOLTSMANN, *Dios en la creación. Doctrina ecológica de la creación*, Salamanca, Sígueme 1987. L. GONZÁLEZ CARVAJAL, *Fe cristiana y derechos de la naturaleza: Communio* (Madrid) 10 (1988) 238-243. S. GUERRA, *Ecología y cristianismo, una relación discutida: Razón y Fe*, 219 (1989) 605-625. A. GANOCZY, *Perspectivas cristianas en la doctrina cristiana de la creación: Concilium* n° 236 (1991) 59-71.

le viene de su génesis y no de su propia naturaleza. En medio de este universo, el ser humano ocupa un lugar privilegiado, como *califa* o lugarteniente que toma posesión y gobierna en nombre del único Señor.

Junto a esta desacralización de la tierra y esta primacía de lo humano, la fe religiosa ha insistido también en la importancia escatológica. La presencia del pecado ha debilitado la voluntad humana que se siente inclinada hacia los valores materiales, con olvido de la dimensión eterna. La tierra no es el paraíso, sino el lugar de la prueba y de la tentación en la que muchos se quedan prisioneros por un apego excesivo a los bienes. La renuncia y el desprecio de ellos es indispensable para abrirse a los más auténticos y verdaderos. El Dios bíblico es, sobre todo, el que ofrece la salvación, a través de los acontecimientos históricos que dirige en su providencia, pero donde la naturaleza es únicamente el espacio geográfico y temporal, en el que se realiza la alianza. Durante muchas épocas, esta visión pesimista pudo ser obstáculo para una comunión más profunda con las realidades temporales.

El que, a partir de estos presupuestos, busque una justificación de los delitos ecológicos, es por hacer una lectura que no coincide con el proyecto de Dios. No es el momento de hacer un estudio exegético para descubrir esas falsas interpretaciones, aunque la cultura cristiana no estuvo siempre exenta de tales peligros¹¹. El antropomorfismo bíblico y la buena noticia de la salvación no justifican, de ninguna manera, el despotismo, la profanación, la violencia, la tiranía del que, como gerente de Dios, está llamado a cuidar de la naturaleza. La misma dimensión escatológica es un anuncio gozoso para la tierra entera.

El simbolismo trascendente de la creación

El ser humano y el cosmos no sólo tuvieron un mismo origen, sino que su futuro está orientado hacia un idéntico destino. Ninguna realidad de nuestro mundo está destinada a la muerte, pues, como san Pablo proclama, si la creación está sometida a la esclavitud, encierra también una esperanza de que «será liberada» (Rom. 8,21) por la fuerza del Espíritu. Las imágenes empleadas encierran una enorme fuerza significativa. «La humanidad otea impaciente» (8,19), con un dolor ilusionado, como la mujer que sufre cuando da a luz, con un

¹¹ Además de la bibliografía de la nota anterior, cf.: C.G. ANDRADE, *Teología de la creación y ecología: Misión abierta* n° 2 (1990) 38-53. M. PEINADO, *Génesis y ecología: Estudios Eclesiásticos* 66 (1991) 397-414. E. ZARRO, *Datos bíblicos para un debate ecológico: Anales Valentinus* 17 (1991) 1-16. A. GARCÍA RUBIO, *¿Dominad la tierra? Aportaciones teológicas sobre el problema ecológico*, Cristianisme i Justícia, Barcelona 1993. J. MENCHÉN, *Sabiduría y ecología. Perspectivas ecológicas en la Literatura sapiencial del Antiguo Testamento: Estudios Bíblicos* 51 (1993) 5-30.

anhelo interior para su completo rescate (8,23), en el momento de la salvación definitiva.

En todos los seres creados hay, por tanto, una epifanía divina, que se ha difuminado con exceso en nuestra cultura competitiva, donde todo está al servicio del interés económico e individualista. Por eso, es urgente que nuestra mirada se ilumine para contemplar la estela del Creador, que se refleja en la naturaleza. No es lícito caer de rodillas para adorarla como a un dios. La revelación no permite la aceptación de ningún ídolo, pero tampoco tolera que las huellas del Dios único, grabadas en la armonía reconciliada de todos los seres, se destruyan con el poder humano irracional y egoísta que sólo busca la simple utilidad inmediata, sin preocuparse por las consecuencias futuras.

Hay que hacer, pues, un esfuerzo para que los ojos del creyente descubran semejante trascendencia. Que la creación, como se canta en algunos salmos, se convierta en un icono gigantesco que seduce, asombra, maravilla, pero como un símbolo que trasciende hacia lo invisible, sin detenerse en la superficialidad de su imagen. La ecología nos invita a esta contemplación casi mística de la naturaleza, como primera condición para que surja un talante diferente.

Pero este abrazo reconciliado con la creación no se efectúa desde la prepotencia y superioridad. Tampoco es necesario caer en un fundamentalismo ecológico, que defiende una «igualdad biocéntrica», sin ninguna jerarquía entre lo humano y los demás vivientes¹². Basta con recoger el mandato de Dios para cuidar la tierra, pero en una relación de amistad. Todos los seres venimos del *humus* (tierra), para recordarnos que la humildad forma parte de nuestra constitución y que nada, por tanto, podemos despreciar. Sólo, desde esta desnudez y despojo, es posible vivir la fraternidad y el compañerismo con toda la creación. Como el pobre de Asís, que en comunión profunda con la naturaleza, sentía como hermanos a todos los seres que la habitaban¹³.

Los desequilibrios existentes

Para la búsqueda de una sociedad sostenible no basta sólo esta nueva mirada sobre la creación, aunque sea una condición necesaria, para impedir el desequilibrio de su ecosistema. Es urgente insistir en una segunda exigencia: el vínculo de solidaridad, que se extiende sobre todos los seres de la naturaleza, pero de manera especial sobre los personas humanas que constituyen su centro privilegiado.

¹² En esta línea se mueve, por ejemplo, O. JENSEN, *Condannati allo sviluppo. Le religioni di fronte al problema ecologico*, Claudiana, Torino 1981.

¹³ JUAN PABLO II lo declaró patrono de los ecologistas, en su Carta Apostólica *Inter sanctos praeclarosque viros: Acta Apostolicae Sedis* 71 (1979) 1509-1510. Cf.: F. ELIZONDO, *Francisco de Asís y la naturaleza*, en AA.VV., *o.c.* (n. 8), 215-222.

No es fácil saber, como decíamos con anterioridad, si las previsiones son tan alarmistas, como algunos creen, o existen motivos de esperanza para responder a las necesidades de la humanidad, en un futuro a medio o largo plazo. Es posible que todavía existan muchos recursos en el planeta, que aún no han sido explotados, y que podrán, con el tiempo y la técnica, convertirse en nuevas reservas para responder a las necesidades humanas. Probablemente tenía razón Gandhi cuando, a primeros de siglo, repetía que «el planeta ofrece cuanto el hombre necesita, pero no cuanto el hombre codicia». Porque el problema más hiriente no radica en discutir si habrá materias primas suficientes para la alimentación y la calidad de vida de las nuevas generaciones. Aun en la hipótesis de que nunca faltará lo necesario, la herida más dolorosa, y que no tiene aspecto de cicatrizar, es el brutal e injusto reparto que se ofrece a los pueblos que se acercan a la mesa común.

Nadie sabe con exactitud a cuántos habitantes podrá alimentar la tierra, pero la verdad es que mantener el crecimiento exponencial de ahora llevará a consecuencias imprevisibles, en el próximo siglo. Los 2.500 millones de 1950 habrán aumentado hasta 12.500 millones, en el 2050¹⁴, si no se encuentran mecanismos eficaces contra esta explosión demográfica. Pero la tragedia radica no tanto en el número, sino en la distribución de estos nacimientos, ya que más del 80% tendrán lugar en los países menesterosos. Podría decirse, sin recurrir a ningún sarcasmo, que el doble mandato divino del Génesis lo hemos distribuido dejando a los pobres la tarea de henchir la tierra, mientras que los ricos la someten y dominan para sus intereses.

Las estadísticas demuestran que las naciones desarrolladas, alrededor del 20% de la población, consumen y utilizan para su nivel de vida el 85% de la riqueza planetaria. Y la dinámica del desarrollo continúa en esta dirección. Cualquier comparación que se realice, en los diferentes ámbitos, pondrá siempre de manifiesto esta radical e injusta diferencia¹⁵. Los ricos irán disminuyendo

¹⁴ Datos de interés sobre los diferentes problemas en: B. GARCÍA SANZ, *Población mundial y recursos alimenticios*: Revista Española de Investigaciones Sociológicas nº 40 (1990) 27-75. AA.VV, *La situación en el mundo. Un informe del Worldwatch Institute sobre el desarrollo y medio ambiente*, Ediciones Apóstrofe, Madrid 1991. F. PÉREZ PÉREZ, *Recursos mundiales para la alimentación de la humanidad: papel de la agricultura y ganadería*, en J. GAFO (ed.), *o.c.* (n. 8), 33-75. J.I. GAFO, *Ecología y materias primas*: *ib.*, 61-75. M. RUBIO, *El desafío demográfico. Superpoblación y supervivencia*: *Moralía* 17 (1994) 127-162. B. DUREL, *La création toute entière gémit. Une terre blessée et divisée*: *Supplément* nº 192 (1995) 93-126.

¹⁵ Sólo EE.UU., cuyos habitantes no superan el 6% del mundo, gastan más del 30% de la energía y recursos primarios del planeta. La desproporción se irá haciendo cada vez mayor por el mismo crecimiento demográfico. Mientras los países pobres alcanzan un alto nivel (África, el 3,1%; América Latina, el 2%; y Asia, el 1,6%), las naciones ricas no crecen de la misma manera (América del Norte, el 0,6%, y Europa, el 0,3%).

proporcionalmente, mientras que los pobres aumentarían cada vez más su natalidad. Sin embargo, aunque la producción siga creciendo, ésta será siempre para beneficio prioritario de los primeros. La conclusión no deja de ser impresionante. El desarrollo económico sirve para que el nivel de vida de los pocos países industrializados progrese de forma constante, pero sólo será útil, en las regiones pobres, para dar de comer a un número mayor de bocas hambrientas¹⁶.

Hacia una cultura de la solidaridad

Desde esta perspectiva, la ecología no es una moda de los grupos «verdes» que buscan la defensa de la flora y fauna del planeta, en peligro grave por la especulación del suelo, el fuego de los bosques, la contaminación del aire, la explotación desenfrenada de las reservas, o el cambio del clima, en aras siempre de la mayor comodidad y bienestar¹⁷. No condeno, por supuesto, su interés para despertar la conciencia colectiva, pero sus denuncias manifiestan problemas más radicales: por este camino no vamos hacia una «sociedad sostenible», puesto que la mayor parte de la humanidad está condenada a una pobreza mayor. Por otra parte, ciertos objetivos ecológicos, desde las zonas marginadas, aparecen como un privilegio de los que ya tienen asegurada su subsistencia y tienen tiempo para otras preocupaciones, ajenas a los que viven en la miseria.

Y aquí la técnica tampoco aportará soluciones, ya que el progreso seguirá realizándose sobre la explotación y dependencia de los más necesitados. El problema de fondo es un antagonismo manifiesto de intereses: unos pocos quieren preservar la salud de sus habitantes prohibiendo la fabricación o uso de elementos antiecológicos, después de haber fundamentado su bienestar en el despojo de la

¹⁶ J. VARA BAYÓN, *¿Por qué los pobres son pobres?:* Moralia 17 (1994) 163-184, hace una comparación entre las regiones desarrolladas y las del tercer mundo, para constatar las enormes diferencias existentes entre unas y otras por el número de calorías diarias que se consumen, la esperanza de vida, y el gasto diario por persona. Unos 30 países, por ejemplo, no alcanzan la media de un dólar por día y persona. Otros autores creen también que la crisis ecológica no nace tanto de la explosión demográfica, sino de la desproporción entre los bienes comunales. F. MUÑOZ PRADAS, *Explosión demográfica y crisis ecológica:* Arbor 151 (1995) 23-41.

¹⁷ Sobre estos diversos temas: A. FEENBERG, *Más allá de la supervivencia. El debate ecológico*, Tecnos, Madrid 1982 E, VALLARINO, *La ruptura ecológica. Problemas ambientales de la civilización actual:* Razón y Fe 209 (1984) 248-261. M. TOHARIA, *El desierto invade España*, Instituto de Estudios Económicos, Madrid 1988. R. ALBARADO, *Futuro de la Biosfera y Biosfera del futuro:* Folia Humanistica 28 (1990) 23-33 y 129-144. J. ROYO, *Terrorismo ecológico: los incendios forestales:* Razón y Fe 224 (1991) 227-239. M. FERRER REGALES, *Urbanización, industrialización y ambiente:* Situación 2 (1991) 17-39. F. GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Ecología de los acuíferos: impactos ecológicos de las aguas subterráneas:* Situación 2 (1991) 109-122. AA.VV, *Aulas del mar. Contaminación marina*, Universidad, Murcia 1994.

naturaleza, pero siguen explotando al tercer mundo para mantener su nivel de vida, y hasta se escandalizan ahora de que los pobres intenten aliviar algo su miseria con los mismos métodos de los que ellos se aprovecharon. La única alternativa es reflexionar sobre el porqué de esta situación. Pero se trata de un análisis que no seduce por sus consecuencias. Helder Cámara solía repetir que «cuando doy pan a los pobres dicen que soy un santo; cuando pregunto por qué los pobres no tienen pan, me llaman comunista».

La sociedad del lujo y de la opulencia necesita la explotación de esos pueblos, mediante múltiples mecanismos, para continuar su desarrollo a costa de los más necesitados. Si éstos pretendieran elevar su nivel de vida, deberían seguir la misma política de injusticia con los demás y el despojo incontrolado de la misma naturaleza, pero es algo que les resulta radicalmente prohibido por su falta de autonomía técnica y económica. Cualquier intento de promoción en el tercer mundo no se hace viable sin la colaboración y permiso de los que tienen el poder en sus manos. La superación de este enorme desequilibrio no sería posible sino por la comunicación de bienes entre todos. Pero ¿existe algún país dispuesto a renunciar, en parte, a su nivel de vida para compartirlo con otros? La competitividad y el egoísmo que domina en nuestra cultura impide vislumbrar el futuro con algo de optimismo. Aquí urgiría también una verdadera cruzada de la esperanza para que, en medio del pesimismo reinante, naciera una fuerza capaz de sembrar nuevas ilusiones¹⁸.

La búsqueda de otra alternativa

Habría que ver, entonces, si no hemos llegado ya a una situación límite que hiciera reflexionar un poco, a la búsqueda de otra alternativa. Los datos, que brevemente hemos apuntado, hacen pensar que por este camino las consecuencias negativas terminarán por superar a los posibles beneficios. Un mundo, en antagonismo constante con las exigencias de la naturaleza e injustamente dominado por el interés de unos pocos, no ofrece signos de mejora. No basta sólo el crecimiento económico, sino que debe de realizarse también de manera proporcional y en beneficio de todos. La dinámica actual ya hemos visto que, en lugar de recortar, agranda precisamente las diferencias. Es el momento de pensar cuál es el criterio que valoramos como primario: la rentabilidad egoísta e inmediata, el aumento cuantitativo del tener cada vez más cosas, la indiferencia frente a un porvenir del que no vamos a gozar, o la preocupación solidaria con los demás y un nivel cualitativo de vida que se preocupa por otros intereses muchos más humanos y universales.

¹⁸ E. FROMM, *La revolución de la esperanza. Hacia una tecnología humanizada*, Fondo de Cultura Económica, México 1971.

El modelo de desarrollo seguido por la civilización industrial lleva a un crecimiento cuantitativo, pero sin valorar sus aspectos cualitativos de distribución y reparto. Bajo esta perspectiva, lo más urgente sería des-desarrollar ese crecimiento para realizarlo con otra óptica que evite desajustes tan marcados. La ética de la renuncia aparece como una tercera exigencia ecológica. Mientras se mantenga este afán de mejora insaciable, que no pone límites a ninguna conquista, cualquier proyecto sólo servirá para lo mismo: mayor pobreza generalizada y más riqueza concentrada en manos de la minoría.

La sociedad de la opulencia no sólo se ha convertido en una fuente de basura y desperdicio, sino que constituye un escándalo para los que apenas llegan a sobrevivir. Lo que sigue siendo un lujo inalcanzable para unos, para otros, se considera una necesidad de la que ya no se quiere prescindir, como si se tratara de un derecho irrenunciable. Una especie de droga que provoca también su correspondiente dependencia y tolerancia.

La dimensión ascética de la existencia

Hablar de ascetismo, en una cultura tan identificada con el hedonismo existencial, parece un lenguaje poco seductor. La renuncia será una experiencia que el destino impone, pero que nadie busca con su propio querer. Y ciertamente no se valora como un ideal, pues la insatisfacción frustra y la frustración es un terreno abonado para el odio y la agresividad. Tener satisfechas las necesidades básicas es un derecho, encontrar respuesta a los deseos humanos podrá ser conveniente, pero disfrutar de todo lo superfluo, además de no dar la felicidad, como demuestran los datos objetivos¹⁹, es una provocación injustificada para los que añoran lo que nosotros despreciamos. A los que vivimos en la abundancia nos resulta muy difícil comprender la cantidad enorme de cosas superfluas que llegamos a considerar como necesarias, mientras que las urgencias vitales e imprescindibles de otros muchos millones de personas no encuentran ninguna resonancia en nuestro nivel de vida. La conciencia de que renunciar a algo de lo mucho que nos sobra, para compartir con otros nuestra abundante riqueza, es el único camino eficaz, pero difícil de llevar a la práctica.

No es fomentar la renuncia por la renuncia, sino saber aceptarla para obtener una mejora cualitativa que nos beneficia a todos. Es lógico, por tanto, que la ética ecológica subraye con fuerza la vinculación profunda que existe entre los seres de la tierra, donde todos somos necesarios y, más en concreto, entre las personas y naciones, no sólo por sus implicaciones actuales, sino de cara al futuro de

¹⁹ De hecho, en las sociedades desarrolladas, consumistas y de bienestar, el índice de suicidios es mucho mayor que en los pueblos pobres y necesitados, que están comprometidos en la lucha por la subsistencia, pero que no tienen motivos para sentirse frustrados y condenados al absurdo.

nuestros sucesores. Una preocupación solidaria que se abre a los demás y que rompe el horizonte tan individualista del que sólo reacciona cuando personalmente le afecta y sufre las consecuencias²⁰. La participación y la renuncia se aceptan cuando existe una comunión que lleva a repartir más justamente los recursos disponibles y necesarios, y cuando se renuncia a aquellas acciones que traerán consecuencias negativas para el futuro de la tierra.

El síndrome narcisista

Esta racionalidad y estos comportamientos egoístas tiene mucho que ver con un narcisismo psicológico²¹. Es un estado psíquico del que se acerca a la realidad para encontrar en ella una gratificación completa e inmediata. Todo está orientado a satisfacer sus carencias, pues cualquier pérdida, que le provoque un pequeño vacío, le resulta intolerable, ya que necesita construir una imagen grandiosa de sí mismo en la que pueda reflejarse. Nada parece superfluo para alimentar su ansia de grandeza. La renuncia le deja frustrado, como una herida incurable que le recuerda su pequeñez y finitud, con la que nunca llegará a reconciliarse. Su apertura a lo demás no es para respetar la diferencia que le hace experimentar sus límites, sino para apropiarse de ello, en una especie de fusión infantil que le aporte a su psiquismo la gratificación que necesita. El drama de esta patología, soterrada en el corazón de tantas personas, es la incapacidad de amarse como uno es, mientras no consiga un yo ideal con el que se sienta contento²².

Los psicólogos insisten en que la maduración humana es el fruto de muchas frustraciones que nos ayudan a tomar conciencia de nuestra identidad diferenciada; es decir, el reconocimiento de la falta, de la menesterosidad, de la imperfección radical, pues no somos los únicos ni poseemos el todo, como si el más mínimo pedazo que faltara se pretendiera buscar para la plenitud soñada. La persona madura no es la que se encuentra plenamente satisfecha, porque nada le falta en su proyecto infantil de totalidad, sino la que se abraza con cariño y algo de humor a la limitación inherente a todo ser humano.

La renuncia, la ascesis y la moderación que propone la ética ecológica sería una terapia para desmontar estos mecanismos ególatras del que vive doblado sobre sí mismo, sin caer en la cuenta de los problemas que afectan a los demás. A medida que las posibilidades van siendo mayores, y cuando los beneficios están

²⁰ G. ALFNER, *La comunidad de la creación como comunidad de derechos. El nuevo pacto entre las naciones*, y W. KROH, *Fundamentos y perspectivas de una ética ecológica. El problema de la responsabilidad con el futuro como reto a la teología*: Concilium n° (1991) 73-86 y 105-123.

²¹ Cf. M^a. J. GARCÍA CALLADO, *Las relaciones entre el mundo interno y el mundo externo*, en AA.VV., *o.c.* (n. 8), 247-256. J. RIECHMAN, *Límites, inconsistencias y bloqueos. Notas sobre algunas dimensiones psíquicas de la crisis ecológica*: Mientras Tanto n° 56 (1994) 37-63.

²² E. LÓPEZ AZPITARTE, *El difícil arte de amarse a sí mismo*: Sal Terrae 83 (1995) 397-407.

al alcance de la mano, el rechazo se dificulta aún más, fomentado por los intereses económicos. Lo importante sería ver cómo este aumento de riqueza y bienestar, aunque continúe, se orienta proporcionalmente hacia el beneficio de los que menos tienen.

Comprendo muy bien los enormes obstáculos para salir de este laberinto en el que estamos metidos. Como la solución no recae sobre los individuos concretos, la responsabilidad corre peligro de que se diluya en un anonimato difuminado. Las personas sin rostro se hacen mucho menos sensibles para evitar las transgresiones, pues nadie las podrá señalar como culpables. Es más, lo que alguien realice individualmente tendrá muy poco efecto sin la colaboración de la mayoría. Por ello, la responsabilidad comunitaria alcanza aquí unas exigencias éticas que nos afectan a todos y de las que nadie puede exculparse²³.

Conclusión

Bacon tiene una frase que podría sintetizar mucho de lo que hemos dicho: «natura non nisi parendo vincitur»²⁴. No se puede vencer a la naturaleza sino obedeciéndola, no sólo para respetar sus leyes físicas, como condición indispensable para el progreso, sino para aceptar también otra serie de obligaciones más racionales y urgentes, sin las que la técnica pierde por completo su condición humana. No se trata de sacralizar sus mecanismos para impedir la intervención de la técnica, cuando con ella se consigue un progreso auténticamente humano, ni de acomodar la moral a todas las nuevas posibilidades que se lleguen a conseguir. La ética será siempre luz y denuncia, estímulo y freno, dinamismo y reflexión, pero abierta y flexible a los datos de un avance técnico en la medida que sirva y respete la dignidad de las personas.

La ética ecológica ofrece unos datos fundamentales para esta reflexión. Si la mirada humana se hiciera más lúcida y trascendente, aumentarían los vínculos de solidaridad con las actuales y con las futuras generaciones, y descubriéramos las múltiples necesidades artificiales que nos dominan, para despojarnos de algunas en beneficio de otros, la esperanza por un mundo mejor no se habría agotado por completo.

Eduardo López Azpitarte

²³ Sobre ello he tratado con mayor amplitud en *o.c.* (n. 8), 393-423.

²⁴ F. BACON, *Novum organum. Aforismos sobre la interpretación de la naturaleza y el reino del hombre*, Orbis, Barcelona 1984, p. 27.